

Soledad atrasada

Sonaba insistentemente el teléfono móvil en mi bolsillo con una ansiedad inaudita. Parecía una llamada urgente. Al mirar el número veo que no estaba en la “agenda” sinó hubiera salido el nombre de la persona que llamaba. Al principio pensé que era una llamada de “tele-venta”, esas que te llaman para venderte seguros de salud, vinos, jamones o cambiarte de compañía suministradora de luz, gas, teléfonos.... Estuve a punto de no atenderla pero aquella forma tan insistente de llamar me hizo mover a la derecha el botoncito verde para contestar.

- Sí... diguim?

De las ondas electromagnéticas me llega la voz incierta, insegura, como de alguien que quiere decir algo pero que le parece tan descabellado que teme la respuesta que le puedan dar. Cómo cuesta a veces en estos tiempos manifestar pensamientos y sentimientos sin que te tomen por demente o desquiciado. Esa voz la interpreto como la de una mujer mayor, es decir con unos cuantos años de recorrido por la vida. Me habla en castellano pero enseguida noto un fuerte acento catalán. Después me entero que esta voz corresponde a Elisenda, de 74 años de edad.

- Buenos días señor, ¿es el teléfono de la asociación de uruguayos?

Le respondo afirmativamente y al oír su voz temblorosa, llena de inseguridad como de alguien que no sabe cómo va a decir lo que quiere.

Le comienzo a hablar en català, se sorprende: - A... pero usted es catalán?

- No señora yo soy uruguayo, de Montevideo.
- Y cómo es que habla tan bien el catalán?, si hay gente que llevan 50 años en Catalunya y no hablan ni una palabra.
- Señora..., cuando llegué a esta hermosa tierra, después de haber abandonado la mía obligado, vi que era acogido por un pueblo que habla una lengua milenaria, sin estado, pero con una lengua propia. Lo menos que podía hacer fue aprender y cultivar esta lengua para poder comunicarme sin límites con el pueblo. Algo que me ha enriquecido infinitamente.....

Después de haber roto el hielo con un breve parlamento sobre la lengua, Elisenda se siente más tranquila como para explicar su demanda o historia.

Hace 40 años, ella trabajaba como bibliotecaria en una Universidad de Catalunya. Tenía un marido y dos hijas pequeñas.

En América Latina, corrían tiempos duros y difíciles, supongo que como casi siempre, lo que pasa que en aquella época el control se practicaba con extrema violencia. Más

concretamente, en el Cono Sur. Ya estaba en marcha el siniestro “plan cóndor” que consistía en montar en los diferentes países dictaduras militares, las cuales estarían coordinadas para llevar a cabo una terrible represión, aniquilando así los vientos de cambio a Una sociedad más justa e igualitaria.

Fue así que por estas llegaron lo que se llamaba en ese momento “exiliados”.

Dentro de esos exiliados llega a la Universidad en donde trabajaba Elisenda un pequeño grupo de argentinos y uruguayos.

Con estas personas Elisenda forma una amistad que ha superado tiempo, espacio y hasta la poderosa muerte. Me cuenta con una sentida nostalgia las horas pasadas hablando del Che Guevara, de filosofía, de la alucinante literatura latinoamericana de Mario Benedetti, del Gabo, Juan Carlos, Jorge..., del mundo lleno de solidaridad, en donde el compartir sustituiría al competir, la justicia y el bienestar de los pueblos sería la norma que lo regiría.

Elisenda entró con sus amigos latinoamericanos en ese mundo maravilloso factible y posible de conseguir. Corrían vientos de un mundo nuevo, una nueva humanidad.

Pero un día llega un momento terrible para Elisenda, sus amigos deciden volver a sus tierras para incorporarse a la lucha, se necesitaba a todo el mundo para acelerar el cambio.

Al poco tiempo, Elisenda se entera que la mayoría de sus amigos habían sido detenidos, salvajemente torturados y lanzados desde aviones a las marrones aguas del Río de la Plata. Los terroríficos “vuelos de la muerte”.

A Elisenda se le formó un enorme agujero en su corazón, el agujero de la soledad, ese que se forma cuando has vivido una intensa amistad, cuando has compartido con otros seres tu “plan de alma”.

Continuó con su vida, separándose de su marido, criando a sus hijas, saltando sobre “un día a día” que normalmente no deja tiempo a la amistad, ni a hablar de los sueños, sin miedo, sin escamotear ninguna de las utopías que los corazones saben que son realizables.

Sus hijas marcharon al extranjero, por trabajo, según sus profesiones, allá tienen sus familias, su vida “hecha”. De vez en cuando vienen a ver a Elisenda, más que nada a pasar unas vacaciones en Barcelona. Mientras, el resto del tiempo se conforma con ver alguna foto de sus nietos vía internet, eso sí en un teléfono de última generación que sus hijas le regalaron.

Elisenda tiene hoy una soledad atrasada tan grande, tan profunda y tan lejana que para no compartir tantos recuerdos con seres que el Río de la Plata engulló sin piedad, llamó a una asociación de uruguayos para saber si quedaba gente de su edad, que se reunieran

todavía y mantuvieran encendido algún candil guardando los brillantes rayos del sol que alumbró la amistad de su vida, escuchar otra vez nuestro acento, nuestro deje y el léxico tan especial que sólo nosotros y amigos como Elisenda somos capaces de entender,..... a y también tal vez tomarse unos matecitos.

No quiero ser cruel, no quiero decirle que aquellos tiempos se fueron para siempre, seguramente engullidos por las marrones aguas del Río de la Plata, o por lo que es peor, la traición de ideales por parte de las nuevas generaciones de dirigentes.

Que la «bestia» que nos mató, torturó, exilió había ganado esa batalla, que no la guerra. No le dije nada de eso. Sólo le dije que aquel espíritu fraternal, colaborativo, cooperativo, de valores como la amistad seguía tan vivos i frescos como siempre, nada más que habían pasado, a modo de protección, a la más estricta «clandestinidad», pero que ahí estaban. Nada más había que buscarlos tal y como estaba haciendo ella con esta llamada. Le dije que al igual que estrellas estos valores se irían agrupando en cúmulos y galaxias, alumbrando para siempre la noche más larga. Trasmutando todo a ese mundo de utopías y sueños que Elisenda recordaba.

Se quedó más tranquila de saber que aquellas amistades todavía funcionaban.

Me dijo que era consciente que su tiempo terminaba. Pero que en su terrible soledad cada día recordaba el calor de la amistad, de la charla, aunque sabía que estaba rodeada de fantasmas llenos de amor que la esperaban en ese camino de luz. Se quedó tranquila en saber que la bestia no había derrotado al amor, cariño, solidaridad, alegría.... en definitiva a la vida misma, que esta continuaba inexorablemente al mundo que hemos soñado.

Mi pequeño homenaje a Elisenda y a todos los seres que creen estar solos pero que en realidad no lo están y nunca lo estarán.